

# La primera persona narrativa en *Platero y yo*.

La utilización de la primera persona en la narración es un recurso tan empleado que a veces pasa inadvertido. Sin embargo, nunca es casual, y responde a unos condicionamientos y a una intencionalidad muy clara por parte del autor. En *Platero y yo* nos enfrentamos con un caso particular y agudizado en el que el "yo" adquiere matices característicos. Ya desde el título se nos presenta el libro dominado por la primera persona, enmarcado por el "yo" y el otro "personaje": Platero. Intentar analizar las motivaciones y peculiaridades del uso de esa primera persona no resulta, por lo tanto, caprichoso, puesto que es lo que condiciona la narración.

Es preciso plantear desde el principio, aunque de todos es conocido, y volver a ello después con más detenimiento, que la primera persona en esta obra aparece con una dimensión fundamentalmente poética. A la luz de esta afirmación indiscutible deberá desentrañarse la funcionalidad del "yo".

Roland Barthes hizo las precisiones necesarias con respecto a la primera persona, precisiones que vienen a esclarecer la figura del narrador. Distingue tres facetas de ese "yo": el narrador (quien cuenta la historia), el autor (persona cuyo oficio en la vida real es el de escritor) y el hombre, el que vive(1). Habría, sin embargo, que añadir a estas tres manifestaciones otra más: la de personaje dentro de la historia.

Frecuentemente se ha entendido que la primera persona es real, así como la segunda, frente a la tercera, irreal ésta por entrar a formar parte directamente de la ficción novelesca. Esta consideración, sostenida, entre otros, por Michel Burtor(2), es de dudosa aceptación. La primera persona, para él, corresponde al autor, personaje real; la segunda, al lector —también real—, y la tercera se refiere a aquél de quien se cuenta la historia. Sin embargo, la primera persona representa al narrador, no al autor, puesto que la obra literaria adquiere entidad propia al margen del mundo real, y la segunda puede referirse o no al lector. Aun en el caso en el que la primera persona corresponda al autor (como en la autobiografía, donde narrador y autor se funden e identifican) la correspondencia de esa primera persona con la realidad no deja de ser marginal. La identificación, en la autobiografía, se da únicamente entre narrador y personaje. La fusión de ambos con el autor no tiene que producirse de manera obligada, ya que la independencia de la obra literaria con respecto a la realidad va más allá de las posibles correspondencias y relaciones con la vida real que, aunque sean innegables, tienen valor referencial y anecdótico. El problema de la correspondencia entre vida real y novela, esto es, entre autor y

narrador, el planteamiento de las interferencias entre uno y otro es, no obstante, complejo. Jorge Luis Borges, en el capítulo de *El hacedor* titulado "Borges y yo", lo expone con sagacidad: a veces no sabe quién es el Borges que escribe y quién el Borges que vivió(3).

Cabe plantearse si en el caso de *Platero y yo* se puede hablar de autobiografía. Me veo obligada a eludir la delimitación de la autobiografía por razones obvias de tiempo, pero parece claro que *Platero...* no es la constatación de toda una vida, sino una selección de historias, en una determinada época y en un lugar concreto —Moguer—.

Si consideramos que las memorias, otra posibilidad o variedad del uso de la primera persona, suponen una selección de momentos autobiográficos, una serie de recuerdos entresacados de la vida, y que en *Platero...* se utiliza muy a menudo el tiempo pasado, podría entenderse que *Platero y yo* es un libro de memorias. Claro está que hay que tener en cuenta que también aparece el presente. Jorge Urrutia justifica sobradamente esta alternancia de tiempos verbales en su libro *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La superación del Modernismo*(4). Según él, los capítulos anecdóticos, narrativos, van en pasado, mientras que en aquellos que responden a impresiones líricas se utiliza el presente. Los recuerdos o las sensaciones íntimas son actualizadas por Juan Ramón, intensificándose de esta manera su valor poético. Pero hay otra razón más que podría llevarnos a considerar *Platero y yo* como unas memorias. El autor de las memorias —y esto ha sido suficientemente estudiado por René Demoris— es, por lo general, un personaje rebelde, aunque el crítico concreta esta rebeldía en el aspecto político(5). Esta última puntualización no es del todo exacta, o, al menos, no es general. Pero sí es verdad que quien narra sus memorias está enfrentado con el mundo exterior. Las memorias suelen ser, además, la justificación de una determinada postura ante la vida que, debido a ese enfrentamiento, ha podido ser discutida o combatida de alguna forma por los contemporáneos del autor. Recuérdese, por ejemplo, la *Vida* de Torres Villarroel.

En el caso de *Platero y yo*, Juan Ramón se aísla voluntariamente de casi todo cuanto le rodea, construyendo un mundo distinto y propio, dominado por su "yo" poético y la compañía de Platero. Y así, dice el autor:

"Platero es tan igual a mí, tan diferente a los demás, que he llegado a creer que sueña mis propios sueños."(6)

Platero, destinatario de las reflexiones del poeta, se une a él frente al mundo exterior. El conflicto que con éste mantiene el narrador está también mantenido por Platero. Así, por ejemplo, se nos habla en un capítulo de la oposición entre lo que podría aprender el burro en la escuela de los hombres (el a, b, c, los palotes) y lo que le enseña el poeta, enseñanzas que adquieren valor poético frente a las anteriores. Platero tiene una dimensión más racional, incluso, que los hombres. Le dice Juan Ramón:

“No, Platero. Vente tú conmigo. Yo te enseñaré las flores y las estrellas. Y no se reirán de ti como de un niño torpón, ni te pondrán, cual si fueras lo que ellos llaman un burro, el gorro de los ojos ribeteados de añil y almagra, como los de las barcas del río, con dos orejas dobles que las tuyas.”(7)

De la misma manera que el resto de los hombres tiene un concepto del burro distinto del suyo, el propio poeta es consciente de que para los demás él es un ser extraño, tratado en ocasiones con burla y desprecio: es el loco o el tonto, “más tonto que Pinito”, como le llaman los niños. Ninguno de los dos parece encajar en el entorno social en el que aparentemente están inmersos, y por ello buscan refugio en el natural: los alrededores de Moguer, el campo, el río.

Juan Ramón y el burro están unidos por ese rechazo común, que llega incluso a manifestarse de modo material: al uno le insultan y gritan los chiquillos, al otro un caballo le da una coza. Platero “no puede ir a ninguna parte con los hombres”, como le reprende su amo. Ese claro enfrentamiento puede motivar la intensificación del “yo” frente a todo lo demás y justificar la interiorización poética del libro.

Al utilizar la primera persona desaparece la figura del narrador como puente de unión entre la historia y el receptor. El narrador es el personaje mismo, y éste llega al lector de modo directo, sin intermediarios. De esta manera, la visión que se ofrece se impone al lector como una toma de postura: es la adopción de un punto de vista abiertamente declarado, más realista en su subjetivismo que una visión pretendidamente objetiva como la que se intenta mostrar mediante el artificio del narrador impersonal, dado que esa toma de postura es siempre ineludible a pesar de que se pretenda enmascararla. Y es precisamente la subjetividad de esa visión, la especial concepción poética del mundo, la que interesa a Juan Ramón Jiménez. Incluso cuando en algunos capítulos de *Platero...* puede pensarse en él como en un simple narrador que cuenta una historia, no estamos ante un narrador normal. No pretende conseguir mayor veracidad a través de la primera persona, como ocurre generalmente, por ser la forma que supone un mayor grado de verosimilitud y credibilidad. No ofrece una idea neutra de lo exterior, sino una captación personal. En la obra de Juan Ramón no existe una realidad aislada y objetiva, ni se pretende en ningún momento influir en el lector. Lo fundamental en él es el acercamiento emotivo, las sensaciones reales transformadas en emociones poéticas.

Y este hecho es el primordial. A pesar de los rasgos que presentan a primera vista *Platero y yo* como un libro de memorias, como relato de alguna manera autobiográfico, lo fundamental es que Juan Ramón, aunque plasme en el libro sus recuerdos y vivencias en Moguer, no tiene la pretensión de narrar su vida, sino la de crear un universo especial elaborado con esos recuerdos y sensaciones —literaturizado en ocasiones, alejado de la realidad concreta—, individualizado, interpretado y asumido conscientemente.

La primera persona, ya desde el título, va ligada a la segunda; con la que crea ese universo cerrado. Tiene un destinatario directo, Platero, que sirve al narrador para entablar un diálogo sin respuesta material, pero sí poética, comunicación constante con otro ser que, sin ser humano —y quizá precisamente por no serlo— está dotado para el poeta de una sensibilidad especial inexistente en otro lugar. Con él, Juan Ramón se aísla y crea su propio cosmos frente al mundo exterior. Es la “soledad comunicada” de la que habla Julián Marías(8), pero soledad al fin y al cabo, consciencia de individualidad. En ese espacio no tienen cabida más que, en ocasiones, los niños, poseedores de la misma capacidad emotiva. Pero son muy escogidos. Los niños a los que Juan Ramón trata con benevolencia son los que están también de alguna forma marginados (el niño tonto, los niños pobres de “Juegos del anochecer”, la niña llorosa de “La carretilla”) o están unidos al poeta y a Platero (las niñas, sobrinas de Juan Ramón, que juegan con ellos). En realidad, el poeta no se comunica más que con el animal, segunda persona desde el punto de vista formal, que no es sino un pretexto, quizá más interpretable como un deseo de trascender o de sublimar la soledad. Es la creación de un segundo “yo” del poeta como único posible destinatario de sus impresiones y sentimientos, similar al “tú” que en algunas novelas se ha utilizado como recurso formal: el narrador-personaje que se dirige a sí mismo desde la segunda persona. Es el caso de *La modification*, de Michel Butor, o *San Camilo 1936*, de Camilo José Cela.

Platero es un claro trasunto del narrador. El animal pacífico y obediente —por eso se prefiere a cualquier otro— es el adecuado para reflejar sin ningún conato de rebelión la personalidad del poeta. El mismo reconoce esa condición de Platero en un prólogo que se conserva en borrador en la Universidad de Puerto Rico, recogido por Predmore:

“Yo paseaba en soledad y compañía con Platero, que era una ayuda y un pretexto, y le confiaba mis emociones.”(9)

Sabemos, además, que Platero es la personificación de todos los burros que tuvo Juan Ramón, y no un burro único. Juan Ramón lo aclara: es un nombre genérico que se aplica a determinada clase de burros por el color plateado de su pelaje. La figura del animal adquiere, por lo tanto, valor simbólico.

Esta literaturización de Platero se manifiesta muy claramente en sus distintas formas de aparición: frente a capítulos en los que ocupa una posición muy destacada, no sólo como destinatario de los soliloquios del poeta, sino como objeto de sus reflexiones (el capítulo titulado “El moridero”, por ejemplo), hay otros en los que el narrador se refiere a él en tercera persona. Y en ocasiones Platero sólo se adivina a través del plural de la forma verbal (“Siempre que volvíamos por la calle de San José...”), o aparece únicamente en una breve alusión final. Cuando Juan Ramón describe el eclipse de sol, Platero es contemplado por el narrador como un elemento más del paisaje. Y a veces —las menos, desde luego— Platero no existe, no se le menciona en el relato. En algunos de los capítulos en los que el poeta recuerda su infancia, prescinde de la segunda persona, como en “El sello”. Platero en ocasiones se mantiene

totalmente al margen, el "yo" no necesita desdoblamientos. Dice Juan Ramón en una ocasión:

"—¡Alma mía, lirio en la sombra!—, dije. Y pensé, de pronto, en Platero, que, aunque iba debajo de mí, se me había, como si fuera mi propio cuerpo, olvidado."(10)

Y es que, por encima de Platero, lo sustancial en el libro es la captación poética y personal del mundo: esa poetización de lo que se contempla y lo que se siente es precisamente lo que diferencia el universo juanramoniano del real. Por esta razón no hay capítulo en el libro en el que la visión del narrador no se superponga a lo que podemos entender como realidad objetiva.

En todas las posibilidades de aparición de la primera persona, la presencia del narrador, del poeta, se erige en centro dominante del relato. Cuando se presenta como simple transmisor, narrador de hechos externos, frecuentemente en capítulos en los que se desarrolla una breve acción, es ineludible la intervención subjetiva y poética. Aunque no participe de forma material en el relato, su protagonismo es indiscutible. En la descripción de un anochecer, en la que no aparece la primera persona desde el punto de vista formal, no queda más remedio que aceptar la presencia de Juan Ramón como catalizador de un universo que va adquiriendo consistencia a través del narrador. E incluso, como afirmaba Verhesen, el "yo" *se diluye de manera extraña en un espacio cuyos elementos, al tornarlo sensible, prolongan ese "yo"*(11).

De esta forma, el mundo de *Platero y yo* no puede ser captado en sí mismo, sino a través de la esencia misma del narrador. La primera persona no sirve de intermediario para trasponer el universo exterior, sino que es éste el que está configurado en función del "yo", fusión del narrador, del autor, del personaje literario, del hombre incluso, sin que para ello haya tenido Juan Ramón que respetar las exactas correspondencias con la realidad. Todo se transforma en parte integrante de la especial interpretación de la vida, al margen de cualquier posible intromisión. Dice Juan Ramón que "el mundo es Moguer, su campo, tú y yo, Platero"(12). Este mundo está en constante conflicto con el otro, el de los demás, y se distingue de él por la interiorización y sublimación poética de que son objeto los elementos que pertenecen tanto a uno como a otro. Creo que nada mejor, para terminar, que las palabras del propio Juan Ramón:

"Y anda uno semiciego, mirando tanto adentro como afuera, volcando, a veces, en la sombra del alma la carga de imágenes de la vida, o abriendo al sol, como una flor cierta y poniéndola en la orilla verdadera, la poesía, que luego nunca más se encuentra, del alma iluminada."(13)

**Isabel Román**

Universidad de Sevilla

- (1) "Introduction à l'analyse structurale des récits". **Communications**, n.º 8. Paris: Seuil, 1966. Dice Barthes: **...qui parle (dans le récit), n'est pas qui écrit (dans la vie) et qui écrit n'est pas qui est** (p. 20).
- (2) "L'usage des pronoms personnels dans le roman", en **Essais sur le roman**. Paris: Gallimard, 1964.
- (3) Madrid: Alianza, 1980, pp. 69-70.
- (4) Madrid: Cincel ("Cuadernos de estudio", n.º 21), 1980, p. 58.
- (5) **Le roman à la première personne**. Paris: Publications de la Sorbonne, Librairie Armand Colin, 1975.
- (6) Edición de Michael Predmore. Madrid: Cátedra, 1980, p. 132.
- (7) *Idem*, p. 90.
- (8) "**Platero y yo** o la soledad comunicada". **La Torre**, año V, núms. 19-20 (julio-diciembre, 1957), p. 382.
- (9) *Ed. cit.*, p. 255.
- (10) *Ed. cit.*, pág. 109.
- (11) "Tiempo y espacio en la obra de J. R. Jiménez": **La Torre**, *cit.*, p. 91.
- (12) *Ed. cit.*, p. 201.
- (13) *Ed. cit.*, p. 165.